



En los túneles de los 'topos-bomba'

- Rebeldes sirios excavan 12 horas al día para dinamitar al régimen desde el subsuelo
- EL MUNDO recorre una de esas galerías explosivas que surcan el suelo de Alepo

Viene de **primera página**

Ni hacia adelante, ni hacia atrás. Los rebeldes se ven incapaces de ganar terreno frente a la maquinaria bélica de un régimen que ha resurgido con vitalidad gracias a la aparición del ISIS (Estado Islámico de Irak y Levante), que le ha hecho el trabajo sucio luchando contra los alzados y dejándole, en muchas ocasiones, el camino libre para reconquistar territorio.

Los barriles explosivos llueven en la ciudad –hasta 50 por día– y esto está minando los ánimos. La realidad en Alepo es que los insurgentes están cansados y se ven superados en número y armamento por un Gobierno que castiga duramente sus posiciones con artillería pesada y aviación.

En este contexto, los rebeldes han encontrado una novedosa baza: si el régimen ataca desde arriba, ellos lo harán desde abajo. Unos bombardean desde el aire, los otros desde el subsuelo. Es la nueva y posiblemente la última mano de la partida: los túneles bomba.

La dinámica es bien sencilla: Un túnel, toneladas de explosivo y sentarse a mirar el espectáculo. El resultado es terrible para el

enemigo y moralizante para las propias tropas. Ayer, los rebeldes del Frente Islámico reventaron de esta forma un edificio cerca del mercado de Al Zahraui, en el casco viejo de Alepo, matando a al menos 20 soldados leales a Damasco, según el Observatorio Sirio de Derechos Humanos con sede en Londres. Hace días, un episodio similar voló el famoso Hotel Carlton, costando la vida al menos a 30 leales al régimen.

Objetivo: bastión del régimen

Es la forma que han encontrado los rebeldes para reinventarse. Su particular *caballo de Troya*. Se acabó eso de jugar al gato y al ratón entre edificios derruidos disparando a fantasmas y a sombras desde agujeros cincelados a golpe de martillo en edificios altos.

Bajo sus pies han encontrado un elemento de precisión quirúrgica capaz de despejarles el camino y minimizar hasta en un 80% las bajas entre sus tropas. Los túneles se están convirtiendo en la solución a sus problemas. Salvajismo de tiempos pasados al servicio de una guerra salvaje que ha dejado más de 162.000 almas en el camino.

EL MUNDO ha visitado en exclusiva uno

de estos túneles. El sonido del compresor reverbera con fuerza en las paredes. El metal cercena la piedra que se agrieta y se desmorona. Dos hombres se afanan en recoger las piedras y colocarlas en una suerte de plataforma metálica que descansa sobre dos precarios raíles. «¡Mohamad, yallah!», grita uno de los *topos-bomba*. Las cuerdas se tensan y la plataforma se desliza hasta desaparecer en las oscuras fauces del túnel. «Trabajamos durante turnos de 12 horas al día un total de 10 personas», afirma Abu Abdu. «El túnel está prácticamente acabado; sólo nos queda rematar el espacio donde colocaremos las bombas. Después lo llenamos de explosivo y *ibuuuummm!*», exclama el alzado, haciendo con las manos el gesto de una enorme explosión. No puede disimular una risa de satisfacción. Y es que si sus cálculos son correctos este túnel volará por los aires más de una manzana y echará abajo no menos de cinco edificios.

«El régimen está a menos de 20 metros de nosotros. Tenéis que hablar bajito para que no nos oigan», advierte Abu Abdu. El insurgente guía a EL MUNDO por entre las ruinas de edificios carcomidos por la metralla

y desvencijados por la voracidad de la guerra. Piso arriba, piso abajo hasta llegar a un sótano donde hay un altavoz con música a todo trapo que tiene como misión minimizar el sonido del compresor y así ocultar lo que están haciendo.

Dos hombres armados vigilan la entrada del túnel. Dos raíles rojos hacen las veces de guía para poder sacar los escombros del interior de la tierra. Tímidas bombillas centellean y vierten un poco de luz. Esqueletos de varias tuberías se muestran entre la tierra. «Esto fue uno de los puntos más críticos porque el cemento del revestimiento de la tubería se nos vino abajo y por poco nos sepulta», se sincera.

Un proceso lento y laborioso

Abu Abdu observa trabajar a sus hombres desde la distancia. Guarda silencio. En contadas ocasiones hace observaciones sobre hacia dónde tienen que seguir excavando. Hombre de nervios templados, apura un cigarrillo mientras sonríe afable. Es, posiblemente, el rebelde más orgulloso de todo Alepo. Sabe que infligirá un severo castigo a las tropas del régimen. «Nosotros estamos fa-